

11. EL ENSAYO: PROSA DE ELEVADA ESTIRPE INTELECTUAL

La palabra ENSAYO, como muchas otras en nuestra lengua castellana, ha sufrido con el paso del tiempo y por culpa de las malas artes pedagógicas de algunos profesores, no sólo un desgaste semántico notable sino, y lo que ya resulta alarmante, las secuelas de la banalización académica y hasta de la perversión de su sentido original. Todo se nos volvió ensayo, de la misma manera que, de unos años para acá, en nuestros colegios y universidades a cualquier consulta bibliográfica la denominamos, sin rubor alguno, investigación.

Con más frecuencia de la deseable los maestros solemos exigir ensayos a nuestros estudiantes, aún a los de la escuela secundaria, muchas veces sin saber a ciencia cierta en qué consiste este género de escritura, cuáles son las condiciones básicas de su composición y, lo que ya linda con nuestro reconocido tropicalismo pedagógico, sin que el maestro --cuya obligación prioritaria es la de enseñar más con el ejemplo que con la palabra-- haya escrito un solo ensayo en toda su vida.

Caemos los maestros en este despropósito pedagógico, en opinión de Fernando Iriarte, por culpa de una premisa falsa que consiste en creer que los estudiantes de bachillerato, sobre todo a partir del décimo grado, han aprendido ya lo suficiente y que, en consecuencia, están capacitados para escribir ensayos. Han pasado, creemos, por muchas clases de español, de gramática, por varios talleres de redacción. Han trajinado ya por los territorios de la filosofía, de la historia, de la lógica, de la literatura.

Pero si hablamos de estudiantes universitarios, la situación no es mejor. Asumimos que, además de bachilleres graduados, han hecho méritos suficientes para ser admitidos en la universidad, lo cual demuestra, suponemos, que están capacitados no sólo para enfrentar con éxito los retos de su carrera, sino para sacar adelante cualquier tipo de trabajo escrito que les solicitemos. Y, en efecto, eso es lo que hacemos: les exigimos a menudo la redacción de ensayos¹.

El ensayo tiene como requisito básico la expresión irrenunciable del punto de vista del autor, de su modo personal de ver el mundo o determinado asunto, expresado en su manera particular de decir las cosas, es decir, con su estilo y personalidad propios. El ensayo es no sólo difusión de ideas sino también debate que invita al lector, su natural destinatario, a la discusión y al diálogo. El ensayista es por definición un estudioso de tiempo completo, una persona culta y enterada, un lector consumado e insaciable y un observador agudo de la realidad.

Con frecuencia creemos, equivocándonos, que la palabra ensayo, así porque sí, es pariente de la palabra ensayar, no en el sentido montagniano del término entendido como exposición de un punto de vista provisional y falible, sino en el otro más cómodo y superficial de dar palos de ciego, quiero decir, si es que ustedes me permiten el uso de este horrible vocablo, de “*chambonear*”. Y por esta vía pensamos que cualquier intento, así sea improvisado, de decir algo por escrito, algún comentario liviano y mal

¹ IRIARTE, Fernando. CÓMO ESCRIBIR UN ENSAYO. Bogotá: Ediciones Esquilo, 2001., pág. 9.

hilvanado, determinada reflexión inocua acerca de lo que se nos ocurra, todo ello, pensado y escrito a la ligera, es ya un ensayo hecho y derecho. Lamentable error.

El ensayo es uno de los géneros más exigentes en el de por sí amplio repertorio escritural de la prosa, cuyos presupuestos originales, al menos desde los tiempos de Montaigne, están que ni mandados a hacer para poner a prueba las mentes más lúcidas y eruditas y las plumas más ágiles y donosas. No en vano, nos alerta Fernando Vásquez, la palabra ensayo es más bien descendiente legítima de la palabra latina “*exagium*” que significa el acto de sopesar, de medir con cuidado lo que se dice, la acción de poner algo en el rigor inexorable de la balanza². De ahí que el ensayo, lejos de ser un simple comentario personal, alguna ocasional reflexión sobre cierto tema, determinada glosa del pensamiento de alguien, o la simple exposición explicada de determinada tesis, es una composición escrita de notable rigor, cuyo centro de gravitación está en el manejo personalísimo de ideas de peso pesado, en el poder y juego de los argumentos.

En la lectura de cualquier ensayo se echa de ver qué tan organizada está la cabeza de quien lo escribe, cuál el acervo de sus conocimientos acerca de determinado tema, cuál el bagaje referencial de su dominio, qué tan nítida la lucidez de su punto de vista sobre cierto asunto, hasta dónde la profundidad de sus reflexiones, qué tan fuerte la contundencia de sus argumentos. Cuando leemos un ensayo sabemos desde el primer párrafo si el autor se destaca o no por el brillo y elegancia de su pluma, si hay en él

² VÁSQUEZ RODRÍGUEZ FERNANDO. “EL ENSAYO: Diez pistas para su composición” En OFICIO DE MAESTRO. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2002, pág. 125.

presencia o ausencia de un estilo diáfano, subyugante y personal, quiero decir, si encontramos en su escrito la impronta inconfundible de su particular manera de escribir, su voz personal, producto de su experiencia, de sus lecturas, de su madurez intelectual y de unos cuantos años de trabajo en el arduo e impredecible arte de la escritura.

Me parece que acierta Fernando Vásquez cuando afirma que el ensayo “*es una mezcla entre el arte y la ciencia, entre la creación literaria y el mundo riguroso de la lógica*”, rasgos esenciales que, según él, determinan su potencia y su dificultad³. Así, pues, lo que aquí está en juego no es tanto la naturaleza del asunto sobre el cual se escribe un ensayo, pues son de su dominio la totalidad casi infinita de temas que habitan en el reino inabarcable del conocimiento, sino, y aquí está la clave, la solidez y hondura de su contenido, el arte sin fisuras de su composición y la sutileza y elegancia de la pluma que le da vida a través de la palabra.

Por las anteriores consideraciones y en sentido estricto, el ensayo no es un género que se acomode bien a las posibilidades de escritura, aún en ciernes, de escolares principiantes, o de diletantes escasamente iniciados en determinado campo del saber, cuya formación está en proceso de maduración, del mismo modo que la ejecución de una sonata de Scarlatti rebasa por lo general las posibilidades técnicas y de expresión de un guitarrista de los primeros años de conservatorio. El consejo para ambos es que antes de medírsele a la interpretación de una sonata o a la escritura de un ensayo,

³ Ibidem.

cuyo resultado más probable será el muy melancólico de perecer en el intento, deben mostrar destreza y solvencia en la ejecución y escritura de otras formas que, aunque exigentes, son menos complejas, tales como un minueto, una zarabanda o un bambuco, si se trata de un músico; de un artículo, de un comentario crítico, de un informe o una reseña, si el caso es el de un aspirante a escritor de ensayos.

Este género difícil y exigente descarta de entrada el balbuceo del principiante, pues, en palabras de Fernando Vázquez, “*es discurso pleno*”, es decir, un discurrir sobre determinado asunto lleno profundidad, iluminado por la coherencia, impregnado de lucidez: El buen ensayista es un maestro en el arte de desarrollar de manera contundente ideas poderosas. “*Los buenos ensayos --continúa nuestro autor consultado-- se encadenan, se engarzan de manera coherente. No es poniendo una idea tras otra, no es sumando ideas como se compone un buen ensayo. Es tejiéndolas de manera organizada. Jerarquizando las ideas, sopesándolas. Si en un ensayo no hay una lógica de composición, así como en la música, difícilmente los resultados serán aceptables. De allí también la importancia de un plan, de un esbozo, de un mapa guía para la elaboración del ensayo*”.⁴

Cuando digo que el ensayo descarta el balbuceo del principiante, o las aproximaciones del aficionado o diletante, no estoy dando a entender que ustedes, los estudiantes de las diferentes carreras de nuestra Universidad Surcolombiana, no puedan aprender a escribir ensayos, o que tal ejercicio sea una tarea que rebase a priori sus fuerzas y

⁴ Ibidem.

posibilidades de escritura. De ninguna manera. Con esas palabras sólo quiero decir que cuando abordemos la escritura de un ensayo debemos ser plenamente conscientes de la magnitud del reto, del notable grado de exigencia tanto de contenido como de forma propios de este género de escritura y del alto punto de referencia, esto es, del eximio paradigma que nos ofrecen los grandes ensayistas como don Miguel de Montaigne, Francis Bacon, y en nuestra hermosa lengua castellana, Miguel de Unamuno, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Ernesto Sábato, Octavio Paz, Baldomero Sanín Cano, Estanislao Zuleta y, por supuesto, el inolvidable e inimitable Jorge Luis Borges, entre muchos otros.

Leerse unas páginas de estos eminentes ensayistas, ponerse en contacto con su pensamiento vivo, con su palabra admirable, suele resultar para cualquier lector sensible y despierto una experiencia inolvidable, capaz de dejar huella honda y perdurable en nuestro espíritu.

Pero después de estas consideraciones generales sobre la naturaleza del ensayo y en torno a sus exigencias, se me debe estar pidiendo ser concreto y que diga de una vez por todas alguna definición de ensayo que nos pueda ser útil, y que, a continuación, sin más rodeos, me ocupe de alguna manera acerca de cómo escribirlo.

Comparto con ustedes esta inquietud. Para empezar, los invito a que nos pongamos de acuerdo en una definición de ensayo cuyo autor principal es Gastón Fernández de la Torriente, definición a la que me he permitido agregarle algunas pocos elementos de

mi cosecha que me parece hacen falta en su definición. Digamos que es una definición escrita a dos manos, y dice así: *Ensayo es un escrito en prosa, generalmente breve, que expone en forma no sistemática pero con rigor, hondura, madurez, sensibilidad y notable calidad literaria, una interpretación personal sobre cualquier tema sea filosófico, científico, humanístico, histórico, literario, social, etc.*⁵

De la anterior definición se deduce con nitidez que el ensayo no es ni un informe, ni un resumen, ni una opinión escrita sobre cualquier tema, ni un artículo, ni un trabajo estudiantil o tarea, tal como ordinariamente entendemos estos dos términos, ni un estudio, ni una monografía, ni una tesis de grado, mucho menos, un tratado.

Ahora bien, al elaborar un ensayo es indispensable tener en cuenta, entre otras varias cosas, las siguientes:

1. El tema: Debe escogerse uno en el cual usted sea experto, del cual sea o haya sido un estudioso atento y bien informado, con el cual esté familiarizado, que sea de su agrado intelectual y ojalá que le interese y apasione vivamente. Aun así, antes de escribir la primera línea de su ensayo, deberá emprender usted una labor de búsqueda, de información bibliográfica, lo más exhaustiva posible, pues no hay que olvidar que el ensayo, además de profundo, debe al menos contener o, cuando no, partir de la exposición del punto de vista del autor acerca de determinado asunto o problema. Para hacerlo con responsabilidad, como es de esperarse, es

⁵ FERNÁNDEZ DE LA TORRIENTE, Gastón. LA COMUNICACIÓN ESCRITA. Madrid: Editorial Playor, 1975, pág. 45.

indispensable saber con anterioridad qué es lo que han pensado o piensan otros sobre el particular, y cuáles autores, tesis, puntos de vista, argumentos a favor o en contra son los que usted va a escoger para organizar su trabajo; datos bibliográficos y autores que, una vez seleccionados, deben aparecer citados con todo rigor a lo largo de su trabajo. También, acerca del tema, es importante delimitarlo con toda precisión a uno o muy pocos aspectos bien concretos acerca de determinado asunto. Resultaría un despropósito, por ejemplo, tratar de hacer un ensayo sobre temas tan extensos, generales e inabarcables tales como la educación en Colombia, la filosofía griega, la pedagogía a través de la historia, etc. Si el tema es de educación, por ejemplo, usted debe preguntarse antes qué problema en concreto, o qué aspecto de ese problema acerca de la educación está en capacidad de abordar como ensayista, cuál tópico específico de semejante tema tan enorme le interesa a usted, o conoce a profundidad para, luego, escribir acerca de él con responsabilidad y decoro.

2. Escogido el tema, y muy bien delimitado luego, usted deberá empezar de inmediato la búsqueda de la información bibliográfica de la cual ya hablamos y que le servirá de soporte insustituible para la elaboración de su ensayo, no entendido, bueno es reiterarlo, como la repetición escueta de lo que otros ya han dicho sobre el particular, lo cual equivaldría, como dice el adagio popular, a llover sobre mojado, sino como la exposición argumentada de su punto de vista personal con la ayuda de lo que otros autores ya han aportado acerca del asunto que usted ha seleccionado para escribir.

3. Realizada esta tarea de búsqueda de información lo más exhaustiva posible, usted ya está listo, y antes de escribir el primer renglón, para hacer lo que ahora algunos autores llaman el “mapa conceptual” de su ensayo, la carta de navegación de su escrito, es decir, el plan de trabajo. A partir de este momento importante deberá decidir cuál es la idea o ideas fundamentales que va a seleccionar para articular el texto. Algo así como el diseño de las columnas maestras, la disposición de las vigas de amarre del edificio que usted piensa construir. Luego deberá escoger los argumentos sobre los cuales recaerá la responsabilidad de demostrar, de sostener, de unir, de apuntalar las ideas que usted está dispuesto a exponer, a defender o a atacar, lo cual equivale a la poderosa mezcla de concreto que el constructor aplica a ciertas partes del edificio, a fin de sostener las columnas y las de vigas, la cual impedirá, a condición de que este trabajo quede bien hecho, que el edificio se le derrumbe como si se tratara de un castillo de naipes.
4. El paso siguiente consiste en ocuparse de las fuentes consultadas, útiles para sostener nuestras tesis y argumentos. Qué autores, qué obras, qué citas y el lugar donde las voy a incluir. Con cuál propósito. Dentro de qué contexto conceptual me voy a mover. En pocas palabras, cuáles son los puntos cardinales, el mundo referencial desde donde voy a orientar el discurrir de mi ensayo. Aquí aparecen, entonces, el lugar y el momento apropiados para ubicar con toda precisión la bibliografía, las citas textuales y contextuales, las diversas notas.
5. Luego hay que pensar cómo voy a construir todos y cada uno de los párrafos de mi ensayo, uno a uno. Como dice Fernando Vásquez ⁶, qué voy a decir, grosso modo,

⁶ VÁSQUEZ RODRÍGUEZ, Fernando. Op. Cit. pág. 128.

en el primero, en el segundo, en el de la mitad, en el último. Cuál es la secuencia de las diferentes ideas y sus argumentos a lo largo de todo el trabajo. Sea cual sea la naturaleza o extensión de un ensayo, cuando éste es de naturaleza expositiva o argumentativa, debe tener al menos tres partes: una tesis o idea central, unos argumentos a favor o en contra de esa tesis, argumentos que incluyen, por supuesto, su punto de vista, y una conclusión. Otros autores prefieren hablar de introducción, desarrollo y conclusión. Hay que decidir de manera estratégica cuál será la primera y la última frase, con qué abrimos y con qué cerramos nuestro trabajo. Es lo que llama la gente no sin sabiduría, “*entrar con pie derecho*” y “*cerrar con broche de oro*”. De nosotros depende, por supuesto, que el paso inicial sea el correcto y que el broche de cierre sea de oro, de plata o de simple hojalata. Las de todo el ensayo, pero sobre todo, la inicial y la final deberán ser, obviamente, frases que tengan la suficiente fuerza, la importancia necesaria como para seducir al lector, para que éste, una vez tomado en sus manos nuestro escrito, no nos abandone a los pocos renglones o que, una vez leído, lo tire al cesto de la basura, tal vez desanimado por la inocuidad de lo que escribimos o por el desaliño formal de nuestras palabras. Al lector, no lo olvidemos, hay que tocarlo con fuerza, hay que golpearlo con nuestro verbo, hay que pararle el mundo, como dice don Juan, el indio yaqui que le enseñó brujería al antropólogo Carlos Castaneda. A nuestro destinatario, de ser posible, hay que ponerlo de nuestro lado. Convencer y persuadir, además de ilustrar o generar polémica, son dos de los propósitos básicos de cualquier ensayo que valga la pena. A esto llamamos en literatura el poder o la capacidad de contundencia de la palabra escrita.

6. Finalmente debemos decidir acerca de la extensión de nuestro trabajo. “*Ni tan corto que parezca una simple reflexión, ni tan largo que dé la impresión de un tratado*”⁷. de un libro. Un ensayo se mueve normalmente entre las cinco, diez o veinte cuartillas. Pero, independientemente del número de páginas, de la extensión del mismo, la cual, como es de suponerse, es muy relativa, lo que nunca debemos olvidar es que el ensayo es en sí y por sí “*una pieza de escritura completa*”⁸, es decir, un microcosmo autosuficiente.
7. Llegados a este punto usted apenas estará listo para empezar a escribir el primer renglón del primer borrador de su ensayo. Se trata ahora de redactar con gran cuidado frase por frase, oración por oración, párrafo por párrafo, teniendo en cuenta las normas de la gramática de la lengua castellana, las prescripciones de la morfosintaxis, las reglas de la ortografía, la riqueza de las distintas posibilidades léxicas, la técnica del manejo de los conectores y, finalmente, las sugerencias de la estilística junto con la guía de su buen gusto literario. Una vez terminado este arduo trabajo de redacción, de construcción del texto, vendrá el no menos dispendioso de corregir, de corregir y de volver a corregir. Uno, dos, tres, hasta cuatro o cinco intentos de texto final son a veces necesarios para redondear y pulir un texto que podamos considerar definitivo o, al menos, decoroso. El resultado final será muy seguramente un ensayo de notable peso intelectual, de significativa belleza estilística, capaz de influir de manera importante en buen número de sus lectores.
- ¿Qué más podemos pedirle a un ensayista?

⁷ VÁSQUEZ RODRÍGUEZ, Fernando. Op. Cit., pág. 128.

⁸ Ibidem.

Y ya para terminar estas breves cuartillas acerca del ensayo, deseo transcribir de manera textual las sugestivas palabras con las cuales Fernando Vásquez cierra su conocido trabajo “*EL ENSAYO: Diez pistas para su composición*”:

“No podría terminar estas diez pistas para la elaboración de ensayos, sin mencionar el papel fundamental del género para el ejercicio y desarrollo del pensamiento. Por medio del ensayo nos vamos ordenando la cabeza; es escribiendo ensayos como comprobamos nuestra lucidez o nuestra torpeza mental. Cuando Theodor Adorno, en un escrito llamado –precisamente—EL ENSAYO COMO FORMA, señala el papel crítico de este tipo de escritura, lo que en verdad sugiere es la fuerza del ensayo como motor de la reflexión, como generador de la duda o la sospecha. El ensayo siempre pone en cuestión, diluye las verdades dadas, se esfuerza por mirar los grises de la vida y de la acción humana. El ensayo saca a la ciencia de su excesivo formalismo y pone la lógica al alcance del arte. Es simbiosis. Otro tanto había escrito Gyorgy Luckacs en su carta a Leo Popper: La esencia del ensayo radica en su capacidad para juzgar. Los ensayistas de oficio saben que las verdades son provisionales, que toda doctrina contiene también su contrario, que todo sistema alberga una fisura. Y el ensayo, que es siempre una búsqueda, no hace otra cosa que hurgar o remover en esas grietas de las estructuras. Digamos que el ensayo –puro ejercicio de pensar—es el espejo del propio pensamiento”⁹.

⁹ VASQUEZ Rodríguez, Fernando. Op. Cit. pág. 129.